

## COMPAÑÍA DE BLANCHOT

Jean-Luc Nancy

Publicado en la revista *Archipiélago. Cuadernos de crítica de la cultura*, nº 49, 2001.

Traducción del francés de Marina Garcés.

**Nota:** La enfermedad me impide ofrecer un texto nuevo. Me resigno, pues, a publicar de nuevo un artículo que algunos, espero, aún no habrán leído. Apareció en el nº 7 de *Ralentir Travaux*, en el que Christophe Bident organizó un dossier dedicado a Blanchot. Me siento, entonces, infinitamente alejado de lo que querría y debería escribir sobre Blanchot. Incapacitado para escribir, ¿no me encuentro quizás más cerca de esa «liberación de la palabra demasiado extensa» que Blanchot mismo pide al final de *Le pas au-delà*? Al no poder escribir sobre él, ¿no me hallo más cerca de él? Sin duda, y sin embargo: nada me exime ni de la deuda contraída hacia él ni, sobre todo, de esa deuda infinita de la que la escritura no es más que un nombre. Porque es infinita, ya no es una deuda, es parecida a un juego: jugar a desbaratar la insignificancia que revelan, entre otras pero con especial y dura precisión, la enfermedad y su sufrimiento. Aquí, pues, sólo devolveré a Blanchot esa otra línea, también de *Le pas au-delà*: «La boca dolorosa hablaba sosegadamente». Esa palabra sosegada no dice nada más que el extraño intercambio de nuestra comunidad, en la que el estar-con nada retira al estar-sin, sino que en él toma sentido.

☆☆☆

Se desató primeramente en este siglo una gran fiebre de literatura (y de arte en general), un verdadero levantamiento, concebido a menudo como una revuelta, subversión o revolución hacia una posibilidad entrevista, deseada en todo caso, de decir más de lo decible, de inscribir lo imposible, la cifra de una significación capaz de aprehender lo insignificable y lo insignificante, lo inmemorial y lo inconsciente, lo impronunciable y lo ignorado. Se trataba, en fin, de revitalizar, fuera de las mitologías extinguidas, toda la potencia del mito y de retomarla bajo las reglas de otro juego.

Al otro extremo de esta fiebre se produjo un desastre tal que la “cultura” entera fue delatada como la coartada detestable de la barbarie. Se engendraron así para nosotros una «era sin inocencia»<sup>1</sup> y la imposibilidad de creer en ninguna literatura.

Como surgida del intervalo abierto entre una y otra —entre la fiebre y la vergüenza— se levantó la voz de Maurice Blanchot, que se obstinó lenta, sordamente, de manera sinuosa, incluso tortuosa, en la medida de una dificultad en la que cada paso era una trampa y se sabía como tal. Se obstinó, con una atención exacerbada, penosa, fiel hasta la repetición, en el desfallecimiento insigne de una civilización y de sus juegos

---

<sup>1</sup> *L'Amitié*, p. 137.

de sentido y de verdad. Esta voz se había decidido a acometer la necesidad de escribir, ya no como un movimiento para poseerse, sino para desposeerse.

Por eso es una voz que murmura, incesante, junto a lo que debe interrumpirla: habla y parte de la certeza del instante que la neutraliza para siempre; de igual modo lo hace, por consiguiente, cerca de lo que amenaza con someter esta desposesión y convertirla en un objeto poseído más, en otra empresa literaria —cuando su apuesta es «liberarnos de la sociedad literaria habitual»<sup>2</sup>—.

Así, esta voz se concibió, o en todo caso se nos dirigió, como la voz de un viviente ya desaparecido, desaparecido viviente en la palabra misma, en una mismidad de la palabra mantenida a través de la fractura de la historia, capaz de hablar, únicamente, con esta fractura en la garganta. Tal como si estuviera dirigida por una «responsabilidad absoluta»<sup>3</sup>: la de tener que responder de lo que queda sin garantía y sin respuesta.

Con este riesgo permanente, con esta fragilidad extrema y deseada como tal, él y yo habremos sido compañeros de ruta, y cómo no, de conversación. Al mismo tiempo que yo descubría, a través de la escuela, los tesoros (como se acostumbra a decir) de la literatura, esta voz vino a mezclarse con ellos, enturbiando la imagen, desviando mi atención. Confundido en un principio, tuve que descubrir esta compañía, la más familiar y la más extranjera a un tiempo, la más secreta, la más disimulada, luminosa gracias a un singular obscurecimiento.

Era familiar, esta compañía si se tiene en cuenta que ya desde Flaubert la literatura se había inquietado a propósito de sí misma, al no poder más que estar sola, pero sola y asqueada de sí misma (hay que recordar esta frase penosa: «La literatura ya no es más, para mí, que un consolador con el que me dan por culo y que siquiera me hace gozar»), y sin embargo extranjera, si se considera que, como es lógico, la voz de la inquietud absoluta, sola como toda voz, tenía que aislarse, apartarse y perderse en su turbación infinita. No le corresponde a nadie retomarla, como tampoco contestarla. Pero ella le devuelve a cada uno, de manera extraña, la oportunidad y el deber de arriesgarse a su vez...

En medido de un mundo que ya no está inmediatamente hecho del contraste violento entre la fiebre y la vergüenza, sino de una preocupación incierta respecto a sí misma, dudosa de saber si «literatura» tiene aún sentido, aunque fuera el sentido de

---

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 178.

<sup>3</sup> «Carta», en *Lignes*, n° 11, p. 278.

sospechar de sí misma, o si el sentido pasa por otro lugar (pero con seguridad ni por la religión, ni por la ciencia, ni por la filosofía), siempre que se haya admitido que el sentido pasa aún, aunque sea a contracorriente, aunque sea en la ausencia y a escondidas.